

Fil.—Todos son reos de muerte ignominiosa. Pero ni la humanidad, ni la religion, ni la politica, nobleza y generosidad del Gobierno ilustrado Español, hará correr arroyos de sangre. Los Cabecillas pagaran con su cabeza: pues fueron los seductores: á otros se daran castigos exemplares á proporcion de su malicia, y parte que han tenido. Se escarmentará á los Pueblos: se premiara á los buenos y honrados. El delito no quedará impune, ni la virtud sin recompensa. Se restituirá el orden donde se haya turbado. Volverá la tranquilidad general, la paz, la alegría. El Gefe Superior de este Reyno, que ha sido nuestro Angel Tutelar, se convertirá todo á la felicidad pública. La Madre España recibirá en un mismo dia el disgusto de esta pequeña revolucion, y el gozo de quedar ya extinguida. Y el infame Corso, que se lisonjeaba de habernos ya incendiado, rasgará de cólera su pecho al saber que si hubo quatro Americanos insensatos infieles, y prostituidos, que pudo corromper por sus emisarios, han desaparecido en un momento; y quedan quatro millones de verdaderos Españoles deseando la ocasion de despedazar al pie del Nopal de México las rapantes Aguilas de su tiranico imperio.

UNDECIMO.

Filopatru, Aceraio y Morós.

Acer.—Gracias á Dios, querido Filopatru, que no haya seguido adelante tu indisposicion. Nos tenias en gran cuidado.

Fil.—Lo agradezco: no fue cosa.

Mor.—El gran gozo que recibio el otro dia con la derrota de los insurgentes en Aculeo le causo algun trastorno.

Fil.—No es extraño: tanto suele matar un gusto extraordinario, como una pesadumbre. Y á la verdad que no era una friolera lo que ibamos á interesar en el lance.

Mor.—¡Carambal Mi rentita estaba ya en peligro.

Fil.—Eso es lo menos. El buen patriota no ha de atender á los intereses personales, sino á los del Público. Ni la hacienda, ni la vida pro-

pia deben ser en tales casos el objeto de la atencion y cuidado del Ciudadano hombre de bien. La Patria sola merece sus conatos.

Mor.—Bien. La patria somos todos; y en cuidando cada uno lo suyo, está salvada la Patria.

Fil.—No está eso bien digerido. Mejor diriais: La Patria es la sociedad de individuos unidos entre si, y reciprocamente asistidos, y ayudados baxo la direccion de un Poder y Autoridad legitima: y en cuidando de la conservacion de esta sociedad, estan salvados los derechos é intereses de cada uno de los miembros, que la componen. De otro modo dirigiendose cada miembro por si mismo sin union ni respeto á la comunidad, se seguiria la confusion, el trastorno, y la destruccion de todo el cuerpo por la debilidad, dispersion, y desorden de las partes.

Acer.—Ya que se ha tocado este punto quisiera; amigo Filopatru, que me dijeras y explicaras que es *Patria*, y que se entiende por un buen *Patriota* ó Ciudadano?

Fil.—Diga primero Morós, que entiende por *Patria*?

Mor.—¿Yo? El Pueblo donde nace uno.

Fil.—¡Bravo! ¿Y por *Patriota* que entendeis?

Mor.—Eso es bien claro. Los que andan ahora con uniforme azul y ojales de plata, rondando y haciendo guardias.

Fil.—No esperaba yo definiciones mas propias, de vuestra cabeza. Vaya: te dire, amigo Aceraio, algo sobre lo que deseas saber; y escucheme con atencion el Señor Morós, y no vaya luego á equivocarse las especies allá con sus parientes de una y otra banda.

Acer.—Ya te escucho.

Mor.—Y yo atiendo.

Fil.—*Patria* es aquella sociedad mas ó menos extendida, en medio de la qual nuestros Padres hallaron lugar, tiempo y libertad de engendrarlos. Y desde aqui á lo menos debe empezar el hombre á contar la serie de los beneficios, que debe á la Patria. Esta sociedad dio abrigo, seguridad y alimentos á la Madre para no malograr el fruto que llevaba en el vientre, y los auxilios para darlo felizmente á luz. En esta Sociedad halló el recién nacido cuna y aire saludable que respirar por la primera vez. Y desde

este momento lo alistó la Patria en el numero de sus deudores; y le abrió cuenta en su Libro de Oro, para asentar todas las partidas, que despues debia irle abonando el hombre á proporcion de las facultades de este, y de las necesidades de aquella.

Acer.—Eso esta algo pintoresco.

Fil.—No amigo: son ideas reales y efectivas. Yo, por exemplo, no podia existir, si esta Patria no me hubiera proporcionado tal Padre y tal Madre: si á mi Madre no le hubiera surtido esta Patria de alimentos, y dadole al abrigo de las leyes y de la policia tranquilidad para nutrirme en sus entrañas, y sosiego, y mas ó menos proporciones y comodidades para darme á luz, alimentarme y conservarme en la infancia.

Mor.—¿Y los miserables nacidos en un petate, ó en el suelo, cuyas Madres por su pobreza no tienen ni leche que darles; y se crian asi debiles y enfermitos; y luego mueren?

Fil.—Si mueren por la miseria; ya existieron de contado: y entre los cristianos, no se puede dudar del imperdonable bien que la Patria les ha hecho. Por lo demás la diferencia que hay entre la condicion, y mayor ó menor riqueza y abundancia de los Padres, solo prueba la mayor obligacion de unos sobre otros á su Patria.

Acer.—Prosigue

Fil.—Sale el hombre de la infancia, y ya la Sociedad le tiene facilitados beneficios de mayor precio. Escuelas en que educarse; libros en que instruirse; maestros, que son los Padres del espiritu. Siguen mil caminos que le presenta abiertos para que escoja por qual quiere buscar su subsistencia honesta, y felicidad temporal. Tambien le presenta otros mas seguros para la eterna. Esos caminos no los abre el hombre; ya los halla abiertos y establecidos por la Sociedad; y bien preparados y dispuestos.

Mor.—¿Y qué hacemos con un hombre puesto en medio de uno de esos caminos, solo, desamparado?

Fil.—Nada de eso. En qualquiera de ellos encuentra el hombre proteccion y auxilios: leyes, administracion de justicia, defenza contra los malvados, y premios y recompensas para los servicios y meritos extraordinarios. La Sociedad le pro-

porciona las delicias del trato humano, el desahogo del santo amor conyugal, el bien de la propagacion; el fomento de la perfeccion evangelica: porque hablamos de una sociedad y Patria de Cristianos. Todo es objeto de esta desvelada y cariñosa Patria para hacer felices en su seno á los hombres, y para proporcionarles que lleguen á serlo en el seno eterno de Dios, que es el principio y Autor y el último fin y objeto de la sociedad y de todos sus individuos.

Acer.—Pero al fin esta sociedad, esta Patria ¿quien la formó? ¿como existe? ¿á quien la debemos?

Fil.—Supuesto amigo mio, que no son, como ya puedes conocer, las paredes de las casas, ni las calles de los pueblos, ni el terreno de los campos, los que debe llamarse Patria: y supuesto tambien que hablamos ahora de la nuestra, te responderé por partes. Esta sociedad, en que nosotros hemos nacido la formaron los hombres menores en numero que los que hoy existimos, pero mayores y mejores que nosotros por su valor, su aplicacion al trabajo, su industria, sus talentos y sus virtudes. El Cielo los protegió; y otro poder humano ilustrado tambien del Cielo les dió los auxilios necesarios para el establecimiento de esta Sociedad.

Mor.—Y qué hombres fueron esos?

Fil.—Los Españoles Conquistadores, Pacificadores, Pobladores y Gobernadores de la Nueva España.

Mor.—Pues que? ¿quando esos vinieron no habia aqui sociedad de hombres?

Fil.—Habia hombres, y muchos; pero no tenían ni formaban esta hermosa Sociedad cristiana, ilustrada, política y pacífica, que hoy gozamos y de la que nos reputamos miembros. Nueva Religion: la verdadera nueva legislacion, mas racional: Ciencias y Artes desconocidas, y necesarias. ¿Queréis vos ser hijo de aquella sociedad antigua, ó de esta que hoy gozamos?

Mor.—No: de esta.

Fil.—Ahora bien. Aquellos Españoles con el auxilio de Dios, y con el de los Reyes Catolicos de España fundaron esta Patria, donde hemos encontrado cuna, educacion, modos de vivir, y medios de salvarnos.

Acer.—Y como subsiste esta Patria despues de tres siglos?

Fil.—Subsiste y se mantiene, y ha prosperado increíblemente de dia en dia; lo primero, por que se fundó sobre muy solidos cimientos; y lo segundo porque continuamente se ha reparado, aumentado y hermoseado con la proteccion de aquel alto y soberano Gobierno. Y con esto te he indicado tambien á quienes debemos la Sociedad que gozamos: A España.

Acer.—Conque prescindiendo de que nuestros Padres fuesen ó nó fuesen Españoles, siempre sale que los que nacen en este Reyno deben á España la Patria que poseen.

Fil.—Es evidente. La tierra templada, el cielo benigno, Dios lo dió.—Pero esto bastaria, si fuesemos solo animales. Mas siendo tambien racionales, la religion que nos guia á nuestro último fin, las leyes, las artes, las ciencias y todas las comodidades de la vida civil ¿á quien se deben sino al generoso Gobierno Español?

Mor.—Pues qué, ¿Dios no es autor tambien de todo eso?

Fil.—Siempre habeis de ser necio. Dios es Autor y causa primera de todo. Pero él solo crio el cielo y la tierra y él solo es Autor inmediato de las cosas naturales. Mas las morales y civiles los dispone por medio de los hombres. La Nueva España siempre seria apreciable por su temperamento y hermosura y riquezas naturales. Con todo eso seria habitada de Gentiles hasta el fin del mundo: no se daria en ella culto al Dios verdadero: sus habitantes vivirian sin conocimiento de las ciencias y de las invenciones mas sublimes del ingenio humano, si el Señor no se hubiese dignado de ilustrar estas regiones con la luz de la Fé y con la comunicacion de las Naciones cultas, entre las quales eligió á la Española, como la mas catolica, las mas generosa, la mas amable de todas las del universo.

Acer.—Mucho debe la America, despues de Dios, á los Españoles.

Fil.—Pues el que mucho debe ¿qué obligacion tiene?

Mor.—Eso es bien claro, pagar.

Fil.—Ve ahí que habeis hablado sabiamente: y que me hace creer que la falta de ideas, y no

la malicia, os hace hablar alguna vez desconcertadamente.

Mor.—Confiesoos, Señor Filopatro, que desde que freqüente vuestro trato y comunicacion voy como despertando de mil boberias, en que me hallaba sumergido.

Fil.—Si yo lograra, Señor Morós, desterrar de todos vuestros Parientes las preocupaciones; veriais que vida de Angeles teniamos de aqui adelante.

Mor.—Ya van dos veces que me hablais de mis Parientes, ¿quienes son esos? Y antes me dixisteis que los de una y otra Banda. Explicaos.

Fil.—Yo os tengo por Español; y aunque no seais descendiente de Vizcaino ni de Montañes; es forzoso que descendais de alguna Provincia de allá. Y como en todas ellas, como en las de America, hay *Moroses*, quisiera yo que todos, que supongo ser vuestros Parientes, sino en la sangre, en el modo de pensar, se convirtiesen al partido de la razon y de la justicia.

Mor.—En oyendoos discurrir, es forzoso mudar de opinion. Poneis las cosas tan claras, que solo ún bruto dexara de percibir las.

Acer.—Falta ahora que nos expliqués, querido Filopatro, ¿quien es el verdadero Patriota?

Fil.—Es tarde ya: estoy algo indispuerto, y tengo que hacer. Volved el Sabado, y os dare gusto. A Dios.

Acer.—El te guarde.

Mor.—Agur.

DUODECIMO.

Filopatro, Aceraio y Morós.

Fil.—Con que he de explicaros quien es el verdadero Patriota?

Acer.—En esto quedamos el Sabado anterior.

Mor.—Que es decir: ocho dias que ha que no nos vemos, ni hablamos. Parece que el Señor Filopatro se vá cansando de platicar.

Fil.—Si no tuviese otras ocupaciones indispensables, y si me lo permitiera la salud, no habria para mi mayor delicia que gastar todos los instantes en *Dialogos patrioticos*. Pero hay otras

obligaciones, á que es forzoso acudir; y por otra parte anda mi salud achacosa, y tambien es preciso conservarnos para mayores necesidades, á que puede llamarnos la Madre Patria.

Mor.—Si, si. Es fuerza conservar el individuo. Todos hacemos lo mismo.

Fil.—Mas con alguna diferencia. Unos conservan el individuo, huyendo de todo trabajo y aun de la mas pequeña incomodidad: de modo que quisieran no solo no consumirse, pero ni gastarse en la parte mas pequeña. Y otros en el mismo trabajo procuran conservarse para mayores fatigas, que pueden sobrevenir: huyen de aniquilarse, pero no temen gastar metódica y paulatinamente sus fuerzas en obsequio de la Comunidad; siempre dispuestos á sacrificarse del todo, si el bien público lo pide.

Acer.—Vamos á nuestro asunto. ¿Qué es un Patriota?

Fil.—Ya estamos rato ha en ese negocio. ¿Pues no lo habeis advertido? Pero vamos adelante. *Un buen Patriota, ó un buen Ciudadano* (que todo es lo mismo) es aquel que observa por principio invariable ser tan útil, quanto le es posible, á la Patria ó sociedad, de que es miembro. Segun esta definicion ya conoceréis, que el bien público, y no el personal, es el objeto del buen Patriota.

Mor.—Y como podrá verificarse ese gran objeto, si el hombre no mira por su bien particular, y procura conservarse á sí mismo? De qué servirá al cuerpo humano un brazo maltratado, ó paralitico?

Fil.—No embrollemos la conversacion. Hablamos de una Sociedad ó cuerpo ya constituido, y compuesto de sus partes ó miembros. Suponemos á estos sanos, y aptos para sus funciones: y si nó lo fuesen, el cuerpo será vicioso é imperfecto. Lo que deseais saber es qual de aquellos miembros cumple con su obligacion? ó qual debe llamarse digno miembro de aquel cuerpo?

Acer.—Eso es puntualmente lo mismo que deseo saber ¿qual de los miembros de la Patria merece llamarse Patriota digno, ó digno miembro de la Sociedad?

Fil.—A eso respondí que el que pronto siempre y siempre dispuesto á servir al cuerpo, se

emplea en la conservacion de este. El buen Patriota pues no debe vivir una vida indolente mas expuesta á la sensualidad que á la especulacion, y que lo aleje de pensar siempre sobre el bien comun, y sobre las obligaciones reciprocas de los miembros de la Sociedad. El interés de estos resulta de mirar todos por aquel; y en cesando ó interrumpiendose la asistencia de los individuos, se sigue la confusion, luego el trastorno del cuerpo, y finalmente la destruccion de este, que no es otra que la destruccion de los mismos miembros.

Mor.—Metafisico está eso; y poco perceptible á los que como yo no hemos saludado á Aristoteles.

Fil.—No es necesario haber leído á Aristoteles, para conocer los principios y las obligaciones de buen Ciudadano: y por otra parte ved aqui el origen del pococo patriotismo.

Acer.—¿Cuál es?

Fil.—La ignorancia en que se crián muchos juvenes de una materia tan necesaria. Como ha de ser? Se lo explicaremos mas de bulto á Morós.

Mor.—Gracias, Señor Filopatro.

Fil.—¿Qué diriais de los ojos de un hombre, que se empleasen todos en gozar de la belleza de la luz, y en la hermosura y variedad de los colores; pero que quando el hombre los necesitase para percibir un objeto importante, para conocer el camino, y huir de los tropiezos y derrumbaderos, lo abandonasen, y precipitasen en un hoyo?

Mor.—Renegaría de tales ojos divertidos, viciosos é inútiles.

Fil.—¿Que hariais con un brazo embuelto en fina holanda, que solo hallaba recreo con tentar la blanda seda, que solo se entretenia en columpearse del hombro, ó en abrigarse en pecho caliente; pero que ni os llevaba el alimento á la boca, ni os sacaba la espina clavada en el pie, ni se adelantaba para encontrarse con la pared, con el suelo, ó con un alfange, antes que vuestra cabeza?

Mor.—Me lo cortaria antes.

Fil.—Ved aqui el retrato de un Ciudadano, que divertido en sus placeres, y entregado á sus regalos; ó que ocupado todo de su personal interés, ni sirve á su Patria con sus luces, ni la fo-

menta en sus necesidades, ni la defiende en sus peligros. ¿Lo habeis ya comprendido?

Mor.—Demasiado claro ha estado todo eso.

Acer.—Y cuales son las resultas?

Fil.—Perecerá la Patria por la indolencia de sus hijos; que es decir: se destruirán esos hijos que componen la Patria. Asi como pereciendo el cuerpo humano por descuido de los ojos, y por inercia de los brazos, ni existirán los brazos, ni existirán los ojos.

Meer.—Dínos ahora que especie de servicios debe á su Patria el buen Patriota?

Fil.—Todos quantos exijan la conservacion, esplendor, felicidad y necesidad de la Patria. El respeto en primer lugar á las Leyes, y autoridad Soberana; que seria una quimera si se quedase en un mero afecto reverencial, y no se perfeccionase y acreditase con una efectiva y escrupulosa obediencia á sus disposiciones. El empleo de los talentos, y de los brazos en los diferentes ramos con que la Sociedad subsiste, se mantiene, se aumenta y engrandece. Asi gozaremos sin rubor de los bienes, á que todos los demas contribuyen, y nos quedará la satisfaccion de haber contribuido nosotros á que nuestros hermanos tambien disfruten aquellos.

Mor.—Si: lo que es trabajar, mas ó menos, todos lo hacemos, por la cuenta que nos tiene.

Fil.—Ojalá que no hubiese tantos vagabundos y holgazanes, que como los zanganos de las colmenas, viven en la Republica alimentandose con la miel que trabajan otras abejas laboriosas. ¿En que trabajais vos?

Mor.—¡No es nada! en escribir Cartas á los arrendatarios remolones y trapaceros, para que me adelanten los tercios; y en mil viajes de un Barrio á otro de la Ciudad, para que los inquilinos de mis casitas no se escapen con los alquileres. Cómo, me divierto, y gasto la renta que Dios me dió.

Fil.—No teneis algun cuidado, alguna atencion?

Mor.—Soy hombre solo: sin codicia; y por eso no comercio, ni expongo mi hacienda á un granizo ó á un hielo por el interes de una gran cosecha.

Fil.—Eso prueba que no es en vos mui vehementemente el deseo de tener mas; pero tambien se

convence que teneis mucho amor y apego al dinero, que es acaso lo peor de la avaricia. Y porqué no buscáis un empleo honroso, ya que teneis bienes para servirlo con decoro?

Mor.—No soy ambicioso de honores, ni quiero que el diablo me lleve por el orgullo. Asi me vá bien, y me rio de todos los que hacen papel en la Republica.

Fil.—Ve ahí lo sumo del orgullo y de la soberbia. Vos os creis superior á todos, os amais demasiado, y despreciais á los demás. ¿Por que no tomáis estado, pues os ha dado Dios facultades para criar y mantener una familia mas en la sociedad?

Mor.—No me habeis de eso ¿Yo meterme en obligaciones de ese tamaño? No, Señor; el buey suelto bien se lame.

Fil.—Y donde estariais si vuestro Padre hubiera hecho esa misma cuenta? Mas apuremos el interrogatorio. ¿Que hariais, si todos los hombres pensasen como vos, y proporcionalmente observasen la misma conducta?

Mor.—Buen provecho. A mí que mal me resultaba?

Fil.—Sois un cosumado Epicurista. Pero vamos adelante. Vos no quereis trabajar para tener ciento, porque estais contento con cinquenta. Luego podria suceder que el que tiene cinco se contentara con ello y despreciara diez por no trabajar.

Mor.—Y haría muy bien.

Fil.—Tambien podrian los que hoy habitan las Ciudades, y sudan en varios oficios para pagar en ellas una Casa, ahorrarse de tanto sudor y gasto, contentandose con un xacal en un Pueblo.

Mor.—Bien podian.

Fil.—Y nada extraño sería que los que hoy sirven al público en la Magistratura, en el Comercio, en las Artes &c. de uno en uno viniesen á ser tan filosofos como vos, y á seguir vuestras maximas.

Mor.—En penetrandose de ellas, como yo lo estoy, no sería extraño.

Fil.—Y nada de eso os importaría á vos?

Mor.—No hallo porqué.

Fil.—Pues considerad primero á vuestros Arrendatarios, que os dejan las fincas, porque pien-

san tan filosoficamente como vos; y contentos con sus cinco, no quieren ya vuestros diez: y pensad que todos los Labradores de la comarca siguen su exemplo, y nadie quiere servirlos. Siguen luego vuestros inquilinos que molestados de vuestras visitas, y aflorados tambien se van á vivir á Tanepantla ó á Chalco; y que su exemplo es imitado de otros y otros, y os dejan las Casas vacías. Despues los que ahora os surten de viveres, de ropas &c., y los que cuidan de vuestra seguridad, y derechos, contaminados con vuestras maximas, dexan los empleos y oficios; y que por ultimo á vuestro exemplo nadie se casa, y andan todos lamiendose solos como el Buey. ¿Os parece que quedaba Patria ó Sociedad; y que quedabais vos con las rentitas de arrendamientos y alquileres?

Mor.—Es que poneis un imposible. ¿Como habian de hacer todos lo que decís?

Fil.—No lo harian. Pero vos acabais de decirme que ningun daño os resultaria, si lo hiciesen; y yo os he convencido: Y de todo resulta que el que obra y piensa como vos, hace por su parte un mal á la Sociedad y bien público; y que si son muchos ponen á la Patria en peligro; y que si fueran todos se acabaría la Patria. Señor Morós, tenemos celebrado un pacto sagrado con la Sociedad, que nos obliga á servirla, y sacrificarnos por su prosperidad: una tacita convencion de los que vivimos bajo un Gobierno de concurrir con igual ardor al bien público: el que cumple es buen Patriota.

Mor.—Yo no firmé jamas tal pacto ó contrato.

Fil.—Firmolo la misma Naturaleza, que su puesta la mutua necesidad, sujeta los hombres á asistirse reciprocamente, y á que cada uno sacrifique una parte de sus intereses á la subsistencia de la Comunidad. Por tanto si Morós quiere que no le engañen, no ha de engañar: si tiene por injuria que le roben, no debe robar: si desea le asistan en sus cuitas, debe él socorrer las de sus próximos: si pide que el estado le defienda, debe él defender al estado con su persona, dinero, espada, pluma ú oraciones al Cielo.

Acer.—Habeis hecho el verdadero retrato de un Patriota.

Mor.—Con que un Patriota no es precisamente un Militar?

Fil.—El Sabio que instruye, el Togado que juzga con integridad, el Eclesiástico que predica la religion verdadera y la moral sana, el que administra con pureza el tesoro público, el que cultiva el campo, el que tráfica los mares en sus mercancias, el que en qualquier Arte ú Oficio permitido trabaja: todos son Patriotas.

Mor.—Y los Distinguidos de Fernando VII. qué son?

Fil.—Ya lo dijisteis: *Patriotas Distinguidos*: y muy dignos por el gracioso é importante servicio Militar que estan haciendo en México, de la gratitud y elogios de todos los Patriotas Paisanos.

DECIMOTERCIO.

Filopatro, Aceraio y Morós.

Acer.—Verguenza me da, querido Filopatro, lo poco que he hecho por la Patria, á vista de lo mucho que le debo, y de las necesidades en que se halla.

Fil.—Amado Aceraio, tu tienes mucha familia: tus arbitrios son escasos; y cinquenta pesos que diste en el primer donativo, quarenta en el segundo, treinta en el tercero, diez que ofreciste para armas, los doce pares de zapatos, que enviaste á España, y quatro pesos que acabas de dar para la importante obra de las zanjias, acreditan bien tu patriotismo. Y esa verguenza que manifestas, creyendo haber hecho poco, es la mayor prueba de un corazon verdaderamente virtuoso y patriota.

Acer.—Solo me consuela que los dos muchachos, que tengo sirviendo al Rey, completaran con su porte y servicios los que yo no puedo hacer personalmente.

Fil.—Y te parece poco? Que nos diga Morós como y conque ha contribuido hasta ahora para las urgencias de la Patria?

Mor.—Como mi renta no me viene de España; y no la habian de coger los Franceses, no he dado cosa alguna.

Fil.—¿Y no os llenais de rubor? Pues quando

nada perderais de vuestros intereses pecuniarios en la ruina de España, (que si perderiais, y os lo hare ver) á lo menos la gratitud á la Madre de vuestros Abuelos, que os dexaron que comer, el exemplo de tantos compatriotas generosos, la caridad, la humanidad. Pero que digo? La obligacion sagrada que os impone el precepto quarto de la Ley de Dios ¿no os han movido á extender la mano en socorro de esa Patria atribulada y menesterosa?

Mor.—Yo hablo de lo pasado: hablo del tiempo en que no os habia oido discurrir sobre estas materias.

Fil.—Pues bien ¿que habeis adelantado?

Mor.—Que es ya preciso desembuchar algo; por qué esta polvareda, que tan cerca nos han levantado el Cura de los Dolores, y sus satelites, vá á dexarme arruinado, si no se le echa agua.

Fil.—Todavía no estais convertido, Señor Morós. No os estimula sino el vil interes. Solo hablais de los males que teneis á la vista; y cred que son los menores. Mucho daño han causado ya los revoltosos de Michoacan, de que se resentiran los Labradores, los Mineros, las Rentas Reales, y las Eclesiasticas. Pero su exterminio, y las providencias de un gobierno sabio remediarian esos perjuicios. Esa enfermedad ha atacado un brazo; ¿quanto mas grave la que padece la Cabeza! Os resolveis á socorrer al brazo, porque esta en peligro de no servirnos ¿Y dexais que la Cabeza perezca sin aplicarle por vuestra parte un fomento?

Mor.—No: ya estoy resuelto á dar alguna cosa. Pero esta obra de las zanzas, que el Señor Virey ha emprendido para librar á México de una invasion de esos hombres desalmados, merece la preferencia. Pues no vé Vd. Señor Filopatro, que si por desgracia tenemos otra tentativa, como la del dia de los Difuntos, y llegan á entrar en la Ciudad, á Dios Casas, á Dios alquileres, á Dios renta. Ya me han pellizado algo en el campo. Bien que los arrendadores han sufrido el mayor daño. Mas aca dentro sería el mal todo para mí.

Fil.—Estad tranquilo en esa parte. Las zanzas ó fosos que se están abriendo son obra utilissima y muy economica para el resguardo de México contra invasores y contrabandistas, para la

conduccion de viveres y materiales de obras, y aun para la hermosura. Pero no tengais miedo de que se repita la del dia de Todos Santos. La nube huye conjurada y deshecha.

Acer.—Por tanto debeis ahora aplicar vuestros socorros á la Madre España, que si perece por falta de alimento y asistencia de sus hijos; entonces si que disteis al traste con todo el Mayorazgo.

Mor.—¿Cómo?

Fil.—Es bien claro. ¿De donde os parece que han nacido las convulsiones que hemos notado en algunos pocos y pequeños miembros de esta parte de acá del gran cuerpo de la Nacion Española? ¿No es cierto que del ataque que el infame Napoleon ha dado al Cerebro?

Mor.—Si. Atacada la cabeza, todos los demás miembros se resienten.

Fil.—Y cuales han sido las consecuencias, que vos mismo habeis experimentado, de esas pequeñas convulsiones de Tierra adentro?

Mor.—Sustos en primer lugar, malos dias y peores noches; falta de correspondencia de los arrendadores, y falta de libranzas, porque interceptaban las cartas: y peligro de perder la renta.

Fil.—Eso decis vos por la parte que os ha tocado. Y yo quisiera que oyeseis aqui sobre esto mismo al Minero, á quien la Mina se agrió ya, ó á quien interceptaron sus barras: al Comerciante cuyos fardos cayeron en manos de esos Ladrones, y cuyo giro esta parado: al pobre Capellan, cuyo capital y renditos se perdieron en una finca destruida por esos barbaros: al Labrador, cuyas trojes fueron saqueadas, y cuyos campos quedarán este año sin sembrarse: á la muger é hijos del soldado que pereció en el Monte de las Cruces, ó anda todavía al sol y al frio tras de los vandidos: á los mendigos y pobres de solemidad, que por la enorme disminucion de los Diezmos, recibirán menor socorro en los años próximos: en fin á todas las clases del estado.

Mor.—Ya me hago cargo; y ya he oido mil lastimas sobre la materia.

Fil.—Pues si esos males, daños y perjuicios ha ocasionado una pequeña, despreciable, y casi ya extinguida convulsion de unos quantos Pueblos, miembros del gran cuerpo de nuestra vasta

Monarquía, originada del mal que ataca nuestra comun cabeza, la España: decidme quando esta sucumba, se rinda, y muera á la violencia de la enfermedad Napoleonica, y por falta de medicinas y de alimentos, que nosotros podemos y debemos suministrarle ¿qué esperais que suceda á todos sus miembros?

Acer.—Hablemos de nosotros: de esta hermosa parte de tan digno cuerpo.

Fil.—Tiemblo de imaginarlo. Entonces será general el trastorno, mas horrible la confusion, y mas terribles las consecuencias por la multitud y variedad y contradiccion de opiniones; por el desenfreno de las pasiones; por la insubordinacion; por la sorpresa misma, que quando menos nos dexara paraliticos, y expuestos á ser presa incauta de los mas atrevidos.

Mor.—Como el gato escaldado huye aun del agua fria, os aseguro que me habeis azorado con esas pinturas.

Fil.—No son pinturas, ni agua fria. Son cosas infalibles y terribilissimas.

Mor.—¡He! Puede que entonces se tratasen las cosas con serenidad, y se arreglase la casa lo mejor que ser pudiese.

Fil.—No lo creais. Si una larga y peligrosa enfermedad de una Madre de familias, trastorna una casa, resabia á los domesticos, y á los hijos los trae sin sujecion, si son juvenes; y sin tino ni acuerdo si son sensatos. ¿Esperais el dia del fallecimiento otra cosa que lagrimas, confusion y atolondramiento?

Mor.—Para ese caso son los parientes, amigos y vecinos.

Fil.—¡Ahl! ¡Que esos serian los mas crueles enemigos en nuestro caso! Herencia rica, hijos menores y huérfanos, qué sería de nosotros! No hay que fiar de nadie en tales casos. Lo mas seguro y mejor es que no se muera el enfermo; y para esto es necesario no perdonar gasto alguno de Médico, Botica, Asistentes, y alimentos, cueste lo que costare.

Mor.—Teneis mil razones. Mientras vivió mita, ella tomaba cuentas, ella ponía y quitaba arrendadores y Administradores, ella me trahía hecho un pino de oro; y yo jamás pensé en otra cosa que en disfrutar y regalarme. Y apenas mu-

rió su Merced, os aseguro que comencé á tener mil trabajos: me han hecho muchas drogas, me han robado: los Arrendadores juegan conmigo: los criados y criadas despues de amohinarme todos los dias, me traen mal cuidado. La mitad de lo que tengo daría de buena gana por que resucitase la difunta y volver al estado antiguo.

Fil.—Celebro que hayais experimentado en vuestra persona una cosa semejante á la que sucedería á la America, si le faltase su Madre España. Esta es una Señora de mucho respeto en Europa y en todo el Mundo; y por ella hemos sido nosotros tambien respetados. Ella nos cuida, ella nos surte de quanto habemos menester: ella fomenta nuestras riquezas, nuestra ilustracion y nuestra felicidad: ella mantiene exercitos y armadas para nuestra defensa: ella medita Leyes y sabias ordenaciones para nuestro Gobierno, y ella escoje y embia Gefes, que las hagan observar. Y nosotros hasta aquí no hemos hecho mas que disfrutar las delicias de un Pais benigno, la paz de una legislacion suave, la seguridad en nuestras propiedades, y la libertad mas verdadera, que los Filósofos no han podido encontrar hasta hoy en sus nuevos sistemas.

Acer.—Estoy por decir, querido Filopatro, que aquella *Jauja*, ó pais afortunado, que se pinta á los Niños, para entretenerlos: donde los rios son de leche, los arroyos de miel, las piedras rosquillas, las peñas quesos; y los montes, tierras y arenas, pan, harina y arroz: donde los arboles producen vestidos de todos generos y tamaños; y donde las ramas se baxan con el fruto dulce y sazonado hasta la boca misma del que se recuesta á su sombra: es propiamente nuestra America.

Mor.—¡Ojala! ¡Quién se viera en ell

Fil.—En mirando lo que Aceraio dice como una alegoria; y en sabiendo aplicarla, no dudeis que estais en *Jauja*. Mas ¡ay de mí! ya no estais. Turbose nuestra antigua felicidad, huyó de nuestro suelo la alegría pura que gozabamos á dos mil leguas distantes de los horrores de la guerra; y tres hombres malvados, tres furias del infierno han encendido en nuestro suelo la tea horrible, cuyo humo fetido ha llegado ya á incomodarnos. ¡Hombres perversos! ¡Quantos males habeis me-